

Por qué siento desaliento
 Y soledad en el alma?
 Todo me inspira cansancio
 Y honda desazón amarga;
 La copa de los placeres
 Entre las heces guardaba
 Un veneno que me roe
 Con lentitud las entrañas...»
 Así la luz de la razón un día
 Viene á poner á los turbados ojos
 Muda, imponente realidad sombría
 Al que la copa del placer bebía
 Y siente ¡ay triste! sinsabor y enojos



AL POETA MEXICANO

D. JUAN RUÍZ DE ALARCÓN. (*)

BROtó en el primer día
 De la mirada del Señor radiante,
 Cual torrente fecundo,
 La luz que inunda el anchuroso mundo;
 A sus reflejos mil, aparecieron
 Nubes de vistosísimos colores
 Que en el diáfano espacio se extendieron
 A los primeros fúlgidos albores.

(*) Esta composición fué escrita por encargo de la Academia de San Juan de Letrán para ser leída en la función de apoteosis que se preparaba al poeta.

El vicio combatió, bebió en el cáliz
 Del amargo dolor. El vulgo torpe
 Que el genio de Alarcón no comprendía,
 Con escarnio y con mofa le pagaba,
 Y Alarcón, aunque triste, no cedía,
 Ni al eco de las burlas que escuchaba
 Se amenguó su nobleza é hidalguía;
 Pero su tierno corazón lloraba!

Triste destino el del talento! ¡oh cuántas,
 Cuántas víctimas, todas inmortales!
 Al cruzar por el valle de la vida
 Sienten el alma de dolor transida;
 En su existencia el genio en vez de flores
 Encuentra llanto y luto y sinsabores;
 Mas llega al fin un día
 En que esos seres que tan solo alientan
 Encono y osadía,
 Con la cerviz doblada,
 Al contemplar esos ilustres nombres
 En los eternos fastos de la historia,
 Se humillan al fulgor de tanta gloria.
 Libre la fama por el orbe todo.
 ¡Alarcón! repitiendo

Su alto triunfo pregona placentera,
 Y orgullosa la patria en que naciera
 El vate, vibra palmas de victoria
 Y entusiasmada canta
 Himnos eternos á su limpia gloria;
 Venid á regar flores,
 Venid á dar al viento vuestros cantos,
 Ardientes trovadores,
 Y del hijo del Tasco, del poeta,
 Ensalzad el aliento soberano:
 El mundo todo con respeto admire
 La gloria del ilustre mexicano.
 México ¡oh patria mía!
 Cara á mi corazón y desgraciada,
 Pláceme ver que rindes á porfía
 Culto al saber, y al genio omnipotente
 Tienes verde corona preparada.
 Pláceme verte en tu dolor prolijo
 Aunque el consuelo el porvenir no mande,
 Lloro, patria infeliz, era tu hijo,
 Mas levanta la sien, porque era grande....!





CANTO FUNEBRE

Á MI DIFUNTA HERMANA.

Oh! dichosos mil veces! sí, dichosos
Los que podéis llorar: y ¡ay! sin ventura
De mí, que entre suspiros angustiosos
Ahogar me siento en infernal tortura.

ESPRONCEDA.

EN este corazón que vertió pródigo
Torrentes de ufanía,
Que se sintió inundado
Por el néctar riquísimo y preciado
De la enaltdada copa de ambrosía;
En este corazón feliz, risueño,

Que vió correr las horas
Comó en dulce campiña,
En bandada fugaz, aves canoras;
En este corazón amante y tierno
Cayera ¡ay triste! en malhadada hora
Desbordado torrente de amargura,
Pena aguda, cruel, desgarradora,
Que hizo de un puro Edén horrible infierno.

.....
¡Oh sombra, enantes encarnada y viva,
Llena de juventud y de hermosura!
¡Sombra querida! oh sombra!
Trémulo el labio con dolor te nombra,
¡Silencio, calma, soledad, tristura!

¡Cuán hondo es el abismo
De esa terrible eternidad! ¡cuán hondo!
Tan solo comparable al dolor mío,
Tan solo comprensible
Para el sabio Hacedor...

¡Oh fantasía!
¿Dónde está tu poder? ¿dónde tus alas?
Lleva mi corazón donde ella mora,
Surque veloz mi idea

Tras ese espacio que la luz colora,
Que un solo instante en mi dolor la vea.

Ella alentaba espíritu infinito,
Espíritu que nunca se adormece,
Ni como el barro vil que lo guardara
Al golpe cruel de la segur perece.
El alma! soplo eterno sin espacio!
Emanación del Sér Omnipotente!
Dónde, después del mundo es tu palacio?
¿Do te asientas después eternamente?

¡Espantoso anhelar! amargas ánsias!
Duda que roe el corazón! la mente
Os abandona debil, deber santo
Os conjura cual torpes devaneos,
Alza la lira funerario canto,
Se agita el pensamiento, y el quebranto
Lastima el corazón, y en dura roca
Se estrellan insensatos mis deseos!...

¡Cuán profunda es la herida
Que deja al corazón de un sér amado
La inesperada y eternal partida!

Para siempre ¡ay! adios, ¡adios!...
Los siglos,
La mezquina razón, el cuerpo frío
Que en átomos se torna, el ala mueve
La brisa de la tarde sosegada,
Los esparce do quier, y el sér querido
Se disipa, se extingue, es humo, es nada.

.....
.....

En mi vigilia lenta y pesarosa
En medio de la sombra pavorosa
Que me cerca en redor, la he visto ¡cielos!
Ha venido hacia mí!... ¡Merced! mi labio
Con voz de mi cariño pesarosa
¡Merced! dijo, y la ví... era mi hermana!
Negros los ojos, la mirada amante,
Leve sonrisa su pequeña boca
Movía cual moviera el cefirillo
De la rosa los pétalos; flotante,
Destrenzada su lengua cabellera,
Enhiesto el talle, pálido el semblante
Y toda ella tan gentil y ufana

Como al borde del agua una palmera
Meciéndose al rayar de la mañana.

¡Era ella! ¡cuántas horas
Amenguó mi penar! El alma entera
A su seno voló, y el labio mío
Iba á tocar su frente...
¡Mentira! en mi dolor estaba solo,
¡Solo con mis dolores!
Toqué las nubes del estéril polo
Cuando soñaba en un vergel de flores!

Porque esos seres que se van ¡ay triste!
Jamás han de volver... ¡Jamás... huyeron
Y en un inmenso piélago profundo
Como el eco en los aires se perdieron...
Pero place á mi loca fantasía,
Y á mi dolor intenso,
La dulce y grata aparición sombría
Cuando al morir el luminar del día
En mi cara Merced, llorando, pienso.

Pláceme verla al rayo de la luna
Como náyade errante,

Descender melancólica y amante,
Ornada en derredor de blancas galas,
Iluminada por la luz del cielo,
Y sin tocar el suelo
Poner en un lugar los ojos fijos
Y sombra dar á sus pequeños hijos
Con el niveo plumaje de sus alas.

Mas luego desaparece, y sombra y duda
Me cercan en redor; ¿dónde se esconde?
Hiere mi corazón saeta aguda,
Su nombre invoco y tumba solitaria
Con su lúgubre aspecto me responde

.....

No hay paz! no hay paz! el alma dolorida
Como la seca arista se doblega
Al recio empuje de simoún violento,
Por fuerza irresistible combatida
Cede, se abate en su pesar cruento....
Siento perder la savia de la vida.....
¡Oh golpe cruel, fatídico y terrible!
¡Oh muerte inesperada!
¡Cual se agosta la efímera existencia!

Como tronchada flor, como el arbusto
 En el fiero rigor de la sequía,
 Como copo de espuma arrebatado
 Al mar por ola impía.....

.....

Y tan tranquila ayer y tan ufana,
 Prodigando su risa y sus alhagos;
 Feliz como los cisnes de los lagos
 Que cantan saludando la mañana.
 Alegre como el ave que gorgea
 Entre el follage umbroso; tierna y pura
 Como casta paloma en los olivos
 Del valle, y tan amante en sus desvelos
 Que en ambiente de amor y de ambrosía
 Arrullaba á sus hijos pequeñuelos.

¡Horrible transición! ¡oh si volvieras!
 Y otra vez nada más tu casta frente
 Volviera yo á besar..... te dejaría
 Hender el aire y remontar el vuelo,
 Porque al menos mi pecho sentiría
 Un momento de plácido consuelo.....
 Te dejaría volver.... Sí, volverías

Con magestuoso vuelo
 Sobre doradas nubes
 Á ocupar entre fúlgidos querubes
 El asiento que Dios te dió en el cielo!

¡Allí estás! ¡Allí estás...! lo sé.... Los buenos
 Las palmas vibran de virtud y gloria.
 Estás con el Señor, solo dejaste
 En el mundo adorada tu memoria,
 Y allá en el paraíso te recreas
 De la materia vil abandonada....
 Eres emanación purificada,
 Eres aroma y luz, eres espíritu....
 ¡Estás con el Señor...! ¡Bendita seas!





LA PRIMAVERA.

✠A viene la estación de los amores,
Ya las escarchas del invierno crudo,
Del sol á los ardientes resplandores,
En vaporosas formas se levantan
É invaden la región del firmamento.
Huye y reposa proceloso viento
Y repliega las alas que agitaron
Las hojas del vergel, la rosa, el lirio,
Cesa ya, cesa, genio airado,
De arrasar con tu impulso seco y rudo
Los campos donde ayer fueron las flores
Á engalanar el valle y la pradera
Sitios ¡ay! de mis férvidos amores.

Cesa, cesa, aquilón, tiende tu vuelo
Allá de las montañas socavadas
Á las hondas cavernas.
Huye y transpón la gigantesca cumbre,
No toquen ya tu alas
Del fresco valle las nacientes galas,
Huye velóz hacia otros horizontes,
Deja en tu curso atrás los altos montes,
Y allá sobre las aguas del Oceano
Depón tu saña y tu furor potente;
Allá sobre sus olas verdinegras
Estrella ¡oh viento! la cansada frente;
Reposa allí, y si luchar quisieres,
No la apacible flor ni el tallo debil
De lozanos arbustos ni avecillas,
Ó frágiles aristas á tu brío
Resistirán, sinó robustas olas
Que á tu empuje bravío
Oponen con furor eternamente
Para doblar tus destructoras alas
Su movediza y espumosa frente.

Huye, feroz viajero,
Que destruyendo todo en tu camino

En el vergel despojarás las flores,
 Al pobre y manso río
 Sacarás de su cauce, y en el llano
 Levantarás el pardo remolino.
 Cese ya tu furor, venga la brisa
 Á prodigar en vez de tus rugidos
 Su hechicera, su lánguida sonrisa;
 Venga como la amante cariñosa
 Á besar el capullo de la rosa,
 Á rizar mansamente las espumas
 Del lago de cristal, del arroyuelo,
 Y acaricie en su vuelo de las aves
 Las delicadas plumas;
 Que al sentir su influencia bienhechora
 Prodigarán en la rosada aurora
 Notas sonoras, argentinas, suaves

Venga el dulce favonio
 Á mecerse en las hojas
 Y á aliviar con su plácido murmullo
 De ave amante las férvidas congojas;
 Venga el céfiro errante
 Que adoran las pintadas mariposas;
 Venga apacible, amante,

Á desplegar el cáliz de las rosas;
 Venga á esparcir la aroma
 Del nardo y del jazmín y de otras flores
 De lindas formas y colores varios
 Que son en las campiñas deliciosas
 Del favonio y del céfiro incensarios.

Ávido absorbe los aromas puros
 De tanto cáliz por tu vida abierto,
 Y llévalos al sitio apetecido
 Donde cantando está mi bien querido,
 Y esa tu voz de sin igual dulzura,
 Ese murmullo que tu sér produce,
 Que, misteriosos ecos levantando,
 Está el tranquilo oído
 Sin cesar halagando,
 Formen en torno de la amada mía
 De delicioso amor blanda armonía.



Sonrió naturaleza:
 Y de entonces el hombre,
 El bruto, el pez, el ave,
 El reptil y el insecto imperceptible,
 Con gratitud inmensa y alegría
 Saludan en el mundo
 El sonrosado albor de cada día.

Más bondadoso aún el Increado,
 Al sér privilegiado
 Otra luz quiso darle refulgente,
 Y de su misma mente,
 Lleno de amor profundo,
 Un destello arrancó, y omnipotente
 El génio vino á iluminar al mundo.

Lo alumbra, sí; pero también la envidia
 Torpe, á sus piés, cual víbora iracunda,
 Lucha en su encono y su fatal perfidia
 Porque el génio inmortal en polvo se hunda.
 ¡Estéril anhelar! el vulgo frío
 Indiferente huella
 Las ricas flores del talento humano.....
 Pero jamás del hombre el soplo vano

Atravesara el límpido vacío
 Para apagar á la remota estrella.

Homero el inmortal cruzaba errante
 Por los pueblos de Grecia: infortunado
 Colón, que sabio y fuerte
 Quiso á la España regalar un mundo,
 Halló en España, por su infausta suerte,
 El desprecio profundo:
 Sócrates que en el seno
 Vertió de Roma su saber un día
 Recibió de esa misma patria impía
 Para sus labios el fatal veneno;
 Y en calabozo oscuro
 Murió quien vive de la fama encanto,
 El gran Cervantes, el preclaro ingenio,
 El mutilado ilustre de Lepanto.

Hoy de *Alarcón* la inmarcesible gloria
 Venís á celebrar, ¡ofrenda justa
 Cuando revive sn olvidada historia!
 ¡Ah! también él, sentido y tierno vate,
 Que enseñó la verdad, que denodado
 Defendió la virtud, que independiente